

La pastoral popular y la mística de las Bienaventuranzas

Un nuevo desafío del Papa Francisco para nuestros tiempos después de Medellín

RESUMEN

Esta colaboración recorre el pensamiento del papa Francisco mostrando la evangelización en medio de nuestro pueblo desde la perspectiva de la vida de las Bienaventuranzas. Trata de proponer la vida interior profundamente penetrada por una transformante experiencia mística, que conduce al Pueblo de Dios y no sólo a unos pocos elegidos, a llevar esa existencia a ámbitos de adoración a Dios y de verdadero compromiso con las más variadas experiencias sociales de la humanidad y que tienen que ver con el Amor, la Justicia, la Paz y el Bien común.

Palabras clave: Pastoral; Pueblo; Medellín; Mística

The popular Pastoral and the Mystique of the Beatitudes A new Challenge of Pope Francis for our Times after Medellin

ABSTRACT

This collaboration goes through the thoughts of Pope Francis showing evangelization in the midst of our people from the perspective of the life of the Beatitudes. It tries to propose the interior life deeply penetrated by a transforming mystical experience, which leads the People of God and not only to a chosen few, to bring that existence to areas of adoration to God and of true commitment to the most varied social experiences of the humanity and that have to do with Love, Justice, Peace and the Common Good.

Key Words: Pastoral; People; Medellín; Mysticism

Ya es muy conocido y estudiado el proceso que arrancó formalmente desde la Segunda Conferencia de Medellín en agosto de 1968, en la perspectiva de la Pastoral Popular en sus diversas fisonomías, y que ha llegado a nuestros días. Ya antes, en la primera Conferencia del Episcopado Latinoamericano en 1956 realizado en Río de Janeiro, los intereses de la pastoral se dirigían primordialmente a atender a las poblaciones del ámbito rural Latinoamericano, ya que carecían de atención adecuada dada la extensión de esos territorios y la carencia y preparación de sacerdotes para esos ministerios. A partir de esos tiempos se percibe un cambio notable impulsado por el Concilio Vaticano II, entre 1962 y 1965, que van a incidir decisivamente por sus textos y otros documentos papales, en la problemática vital de cambio social que ya se desplegaba por sus propios medios en América Latina. Fue así que el segundo Encuentro de Medellín en 1968 arrancó en el momento preciso, donde ya se hablaba de religiosidad popular, de la opción por los pobres y de una incipiente e inquietante teología de la liberación que se nutría de una reflexión teológica donde junto a la Palabra se incluían los angustiosos tiempos que surgían en nuestros países latinoamericanos y en otros países de Europa como fueron los acontecimientos de mayo del 68 en París y Francia y los revolucionarios ocurridos en Praga, situada en ese entonces dentro de la Cortina de Hierro impuesta por la Unión Soviética, en la así llamada “Primavera de Praga”. Eran otros tiempos y la pastoral no podía quedar ausente o escondida en sus propios recovecos, tal como lo muestran diversos documentos papales, como la *Evangelii Nuntiandi* de Pablo VI del 8 de diciembre de 1975, donde ya se notan claras influencias del surgente pensamiento pastoral latinoamericano. Y así en América Latina, incluido el Caribe, se sucederán las Conferencias Episcopales de Puebla en 1979, de Santo Domingo en 1992, y la última, la de Aparecida, en Brasil, en el 2007. Allí serán tratadas otras muchas problemáticas de la pastoral popular como, por ejemplo, la piedad popular, que en estos tiempos se sitúa y se muestra no sólo en lo rural, sino en las grandes ciudades del continente, que recogen actualmente casi el 80 por ciento de su población total. En este contexto es donde se tratan otras numerosas problemáticas pastorales, como son las de la pobreza, la educación, el trabajo, la desocupación, la violencia y las injusticias sociales, etc. Es en ese contexto que emerge también la problemática

de la “Mística popular”, explícitamente tratada en Aparecida y que luego será retomada a nivel pontificio por el pensamiento del Papa Francisco en diversos documentos, como son, por ejemplo, *Evangelii Gaudium* (2013), *Amoris Laetitia* (2016), y en la significativa obra titulada *Laudato Si* del 24 de mayo de 2015. Por último no podemos dejar de citar su Exhortación apostólica, *Gaudete et Exsultate, sobre el llamado a la santidad del mundo actual* del 19 de marzo de 2018. A esta última obra nos referiremos particularmente en este ensayo y que ahora pasamos a tratar

Nuestra intención no es hacer un estudio completo del documento, sino poner de manifiesto su “espiritualidad”, que tiene que ver con la “santidad” del Pueblo de Dios, no reducida al cumplimiento de esquematismos externos, de orden jurídico o, incluso, morales. Aquí se trata de alcanzar una vida interior profundamente penetrada por una transformante experiencia mística, que conduce al Pueblo de Dios y no sólo a unos pocos elegidos, a llevar esa experiencia a ámbitos de adoración a Dios y de verdadero compromiso con las más variadas experiencias sociales de la humanidad y que tienen que ver con el Amor, la Justicia, la Paz y el Bien común.

1. Introducción

Al inicio mismo de la Exhortación (n.1) el Papa Francisco nos dice que la expresión que abre el documento “Alegraos y regocijaos” está sacada del Evangelio de San Mateo 5,12. El Papa, y nosotros, seguiremos de cerca el texto de las “Bienaventuranzas” proclamadas en este capítulo 5 de San Mateo, pero sin dejar de referirnos a otros textos de la Sagrada Escritura tal como el mismo Papa lo hace. Enseñada nos pide que seamos “santos” (n.1), otra de las expresiones fundamentales de esta Exhortación. Dios en su “Misterio”, de aquí proviene la palabra “mística”, no quiere que llevemos una “*existencia mediocre, aguada, licuada*” (n.1) alejada de él. De aquí que la Iglesia debe implementar una pastoral popular que vaya a las profundidades mismas del ser humano y de los pueblos, y transforme lo humano en divino. De hecho esta intencionalidad, este “*llamado a la santidad*” ya está presente “*desde las primeras páginas de la Biblia*” (n.1). Sin

embargo ya sabemos por la misma Biblia y por otros acontecimientos a lo largo de los siglos que esto todavía no se ha cumplido y es una materia pendiente que espera su cumplimiento para que el Reino de Dios llegue a ser pleno y verdadero según el designio divino.

En el n.2 Francisco expresa la intencionalidad de este escrito que no es presentar “*un tratado sobre la santidad*”, con innumerables “*definiciones y distinciones*”, importantes sí, pero no imprescindibles para un acercamiento pastoral como él lo propone en este documento. Así lo manifiesta él mismo “*Mi humilde objetivo es hacer resonar una vez más el llamado a la santidad, procurando encarnarlo en el contexto actual, con sus riesgos, desafíos y oportunidades*” (n.2) Y termina el párrafo citando a Sn Pablo que en su carta a los Efesios nos dice que el Señor nos eligió “*para que fuésemos santos e irreprochables ante él por el amor*” (Ef.1,4).

A partir de este momento la Exhortación se despliega en 5 capítulos, como son el capítulo 1 (nn.3-34) dedicado al “*Llamado a la Santidad*”. El segundo nos da una fina y rápida presentación de los “*Los dos sutiles enemigos de la Santidad*” (nn.35-62), que son dos tendencias, el “*Gnosticismo*” y el “*Pelagianismo*”, que se han desplegado en diferentes formas desde la antigüedad a nuestros días. El capítulo tercero se titula “*A la luz del Maestro*” (nn.63-109), que para nosotros será central, ya que allí Francisco analiza de frente las “*Bienaventuranzas*” del Reino tal como las presenta el Evangelio de San Mateo. En el capítulo cuarto Francisco señala “*Algunas notas de la santidad en el mundo actual*” (nn.110-157) muy interesante para ver como la “*santidad*”, se extiende por todo el mundo y no queda enclaustrada en los conventos o en algunos elegidos. En el Capítulo quinto (nn.158-175) titulado “*Combate, Vigilancia y Discernimiento*”, Francisco como buen jesuita introduce el “*discernimiento espiritual*” como una instancia capital para preservar y enriquecer la vigencia de las Bienaventuranzas en nuestras vidas. Finalmente el documento concluye con una invocación a la Virgen María (n.176) que “*vivió como nadie las bienaventuranzas de Jesús*”. Nosotros comenzaremos nuestro análisis siguiendo este orden, pero haciendo más hincapié en algunos textos que nos parecen capitales para renovar nuestra Pastoral popular a cincuenta años de Medellín y siguiendo las nuevas perspectivas que nos abre la Mística de las Bienaventuranzas.

2. El llamado a la santidad

En este primer capítulo de la “Exhortación” el Papa Francisco nos introduce directamente en una nueva comprensión de la “santidad”. En este Misterio de la santidad, de la que gozan en su plenitud ya muchos bienaventurados, podemos estar también nosotros que caminamos nuestra vida en esta tierra. Los que nos estimulan a ello son no solamente aquellos que ya gozan de la vida eterna, sino también pueden serlo “*nuestra propia madre, una abuela u otra personas cercanas*” (cfr. segunda carta a Timoteo, cap.1, 5). Es verdad, lo recuerda Francisco (n.4), que “*La muchedumbre de los santos de Dios me protege, me sostiene y me conduce*”, tal como lo dijo Benedicto XVI, pero también es verdad que intervienen en ella muchas circunstancias y personas humanas que se adentran en nuestra historia. La misma Iglesia, tiene en cuenta en los procesos de beatificación y canonización “*los ejercicios de heroicidad en el ejercicio de las virtudes, la entrega de la vida en el martirio y también los casos en que se haya verificado un ofrecimiento de la propia vida por los demás, sostenido hasta la muerte*” (n.5). Pero Francisco nos hace mirar también “*a otro lado*” y nos dice que también atendamos a otros todavía no beatificados o canonizados. Nos invita a ver a “*los santos de la puerta de al lado*” (nn.6 y ss.), aquellos que todavía nos han sido oficialmente beatificados o santificados por la Iglesia, pero que todavía caminan por el mundo, alentados e iluminados por el Espíritu Santo: “*El Espíritu Santo derrama santidad por todas partes, en el santo pueblo de Dios, porque fue voluntad de Dios el santificar y salvar a los hombres, no aisladamente, sin conexión alguna de unos con otros, sino constituyendo un pueblo, que le confesara en verdad y le sirviera santamente*” (n.6). Y Francisco terminará el número 6 afirmando: “*Dios quiso entrar en una dinámica popular, en la dinámica de un pueblo*”. Y aquí el Papa Francisco se abre a su propia experiencia al afirmar “*Me gusta ver la santidad en el pueblo de Dios paciente: a los padres que crían con tanto amor a sus hijos, en esos hombres y mujeres que trabajan para llevar el pan a su casa, en los enfermos, en las religiosas ancianas que siguen sonriendo*” (n.7). Francisco ve la santidad de la Iglesia “*en esa constancia para seguir adelante día a día*” y que es una “*Iglesia militante*” (n.7). Esta es la santidad “*de la puerta de al lado*”, de aquellos que “*viven cerca de nosotros, y son un ejemplo de la presencia de Dios...*” (n.7). Los que

llevan los signos de esa santidad: *“son los más humildes miembros del pueblo...que además de ejercer la función profética de Cristo...difunden su testimonio vivo sobre todo con la vida de fe y caridad”* (n.8). Aquí ya está expresada todo lo que significa para Francisco en su profundidad, la *“Piedad popular”*, en incluso la *“Mística popular”*, al citar a Santa Teresa Benedicta de la Cruz al decir que en este aparecer de la santidad en los humildes *“sin embargo la corriente vivificante de la vida mística permanece invisible”* aunque un día *“todo lo oculto será revelado”* (n.8). A continuación Francisco subraya que *“La santidad es el rostro más bello de la Iglesia”* (n.9). Pero, agrega, que esa santidad no está acotada a sólo la Iglesia Católica, sino que también se extiende a otros ámbitos donde los signos del Espíritu se hacen presentes y que se extienden, citando al Papa San Juan Pablo II a los *“ortodoxos, anglicanos y protestantes”* (n.9) más allá de cualquier división doctrinal. Incluso esta invitación a la Santidad se extiende a toda la humanidad, bien lo dice Francisco al agregar que el llamado a la santidad es el llamado que *“el Señor hace a cada uno de nosotros, ese llamado que te dirige también a ti: ‘Sed santos, porque yo soy santo’ (Lc 11,45; cf.1 P 1,16)”* (n.10). Esto no significa que cualquier camino conduzca a la meta prevista del mismo modo: *“lo que interesa es que cada creyente discierna su propio camino”*, como lo enseña el místico San Juan de la Cruz en su *“Cántico Espiritual”* al decir: *“Porque la vida divina se comunica a unos en una manera y a otros en otra”* (n.11). Pero el Papa además señala que dentro de esas variadas formas de ir y vivir esa Santidad las mujeres por ser mujeres tienen sus *“estilos femeninos de santidad, indispensables para reflejar la santidad de Dios en este mundo”* (n.12). Y Francisco cita a varias mujeres que en la historia de la Iglesia han dejado marcada su santidad con su propia personalidad, como Teresa de Ávila, Santa Teresita de Lisieux y otras más. Pero Francisco agrega sabiamente por su propia experiencia popular que también merece recordarse a *“muchas mujeres desconocidas u olvidadas quienes, cada una a su modo, han sostenido y transformado familias y comunidades con la potencia de su testimonio”* (n.12). Este es el proyecto de Dios concebido desde la eternidad que nos debería entusiasmar para procurarlo y hacerlo nuestro, recordando ese texto de la Sagrada Escritura que nos dice *“Antes de formarte en el vientre, te elegí, antes de que salieras del seno materno, te consagré”* (Jr 1,5). También agrega Francisco que para ser santos no es *“necesario ser obis-*

pos, sacerdotes, religiosas o religiosos” (14). Se cree también erróneamente que la santidad está reservada solo para aquellos que disponen mucho tiempo para su oración solitaria y no están absorbidos por los compromisos de la vida diaria: “¿Eres consagrado? Sé santo viviendo con alegría tu entrega. ¿Estás casado? Sé santo amando y ocupándote de tu marido o esposa, como Cristo lo hizo con la Iglesia. ¿Eres un trabajador? Sé santo cumpliendo con honradez tu trabajo al servicio de los hermanos. ¿Eres padre, abuela, abuelo? Sé santo enseñando con paciencia a los niños a seguir a Jesús. ¿Tienes autoridad? Sé santo luchando por el bien común y renunciando a tus intereses personales” (n.14). Francisco exhorta a que todos los pueblos se abran a la presencia del Espíritu Santo ya que “la santidad, en el fondo, es el fruto del Espíritu Santo en tu vida” (cfr. Ga 5, 22-23) (n.15). En este proceso el pecado y la debilidad no estarán ausentes, sin embargo la misericordia del Señor es más grande y atenderá nuestras súplicas en la tentación e incluso en la caída con innumerables medios como son la Palabra de Dios, los Sacramentos, los Santuarios, las Comunidades y otros muchos más. Francisco también acude a ejemplos de la vida cotidiana en los que se construye la santidad tal como lo hace en los números 16, 17 y 18 de la Exhortación.

Francisco finaliza este primer capítulo de la Exhortación haciendo un llamado a la Misión pero concebida “como un camino de santidad, porque esta es la voluntad de Dios: vuestra santificación” (1Ts. 4,3) (n.19). Pero esa misión no se queda en externalidades, sino que alcanza “su sentido pleno en Cristo y todo se entiende desde él. En el fondo la santidad es vivir en unión con él los misterios de su vida” (n.20). Y un poco más adelante hace suyas las palabras de Benedicto XVI cuando dice “la santidad se mide por la estatura que Cristo alcanza en nosotros, por el grado como, con la fuerza del Espíritu Santo, modelamos todo nuestra vida según la suya” (n.21). Y Francisco no deja de exhortarnos una y otra vez Pero esto no significa que los santos no tengan errores y caídas “no todo lo que hace es auténtico o perfecto. Lo que hay que contemplar es el conjunto de su vida, su camino entero de santificación” (n.22). Pero para ello es necesario que aquél que ha caído no abandone “el camino del amor y esté siempre abierto a su acción sobrenatural que purifica e ilumina” (n.24). En la última parte de este primer capítulo de la Exhortación Francisco insiste en que la santidad no es un acontecimiento meramente interior, sino que se expande hacia afuera en orden a

construir el Reino de Dios, tal como lo dice San Mateo 6, 33: “*Buscad sobre todo el Reino de Dios y su justicia*” (n.25). La identificación con Cristo “*implica el empeño por construir, con él, ese reino de amor, justicia y paz para todos*” (n.25). Por eso dirá Francisco en el número siguiente “*Somos llamados a vivir la contemplación también en medio de la acción, y nos santificamos en el ejercicio responsable y generoso de la propia misión*” (n. 26). Aquí aparece en Francisco toda esta problemática tan rica, como es la de ser “contemplativo en la acción”, extraída de su espiritualidad ignaciana, que bebió desde su juventud en la Compañía de Jesús y que luego reafirmará en sus documentos pontificios, como él mismo lo confiesa: “*En Evangelii Gaudium quise concluir con una espiritualidad de la misión, en Laudato si’ con una espiritualidad ecológica y en Amoris laetitia con una espiritualidad de la vida familiar*” (n.28). El mundo en que vivimos con sus múltiples exigencias nos saca de la vida interior y nos vuelca frenéticamente en el mundo diario donde se dan las “*constantemente novedades de los recursos tecnológicos, el atractivo de los viajes, las innumerables ofertas para el consumo, a veces no dejan espacios vacíos donde resuene la voz de Dios*” (n.29). Y Francisco nos exhorta a detener esta carrera descabellada que nos lleva a la perdición y por eso dirá “*Eso desnaturaliza la experiencia espiritual ¿Puede ser sano un fervor espiritual que conviva con una acedia en la acción evangelizadora o en el servicio a los otros?*” (n.30). Y Francisco nos responde “*Nos hace falta un espíritu de santidad que impregne tanto la soledad como el servicio, tanto la intimidad como la tarea evangelizadora,, de manera que cada instante sea expresión de amor entregado bajo la mirada del Señor*” (n.31). Para finalizar el capítulo Francisco nos exhorta y nos dice “*No tengas miedo de la santidad. No te quitará fuerzas, vida o alegría*” tal como lo mostró la santa africana Josefina Bakhita. (n.32). Y vuelve a repetir Francisco en el último número del capítulo primero: “*No tengas miedo de apuntar más alto, de dejarte amar y liberar por Dios. No tengas miedo de dejarte guiar por el Espíritu Santo. La santidad no te hace menos humano, porque es el encuentro de tu debilidad con la fuerza de la gracia. En el fondo, como decía León Bloy, en la vida ‘existe una sola tristeza, la de no ser santos’*” (n.34 y fin del capítulo primero).

He aquí ya preparado todo el terreno para entrar finalmente en lo más hondo de nuestra búsqueda como es dilucidar el misterio de las Bienaventuranzas en relación con la santidad, que será nuestro próxi-

mo objetivo. Pero antes de hacerlo el papa Francisco le dedica un segundo capítulo a señalar “*Dos sutiles enemigos de la Santidad*” (nn.35-62). Allí Francisco quiere “*llamar la atención de dos falsificaciones de la santidad que podrían desviarnos del camino: el ‘gnosticismo’ y el ‘pelagianismo’*” (n.35). Estas denominaciones responden a doctrinas muy antiguas, incluso precristianas, pero que a lo largo de los siglos fueron tomando diversas formulaciones que llegan hasta nuestro tiempo. Nosotros aquí no vamos a introducirnos en estas problemáticas que giran alrededor de la diferencia y primacía de una de las dos facultades del ser humano como son la “inteligencia” en su capacidad de “saber” (“Gnosis”) y de la “voluntad”, cuyo rol fue sobrestimado por Pelagio, monje cristiano del siglo IV y V, de nuestra era, de ahí la expresión de “pelagianismo”, con la que se llama a esta tendencia, que descrece de la necesidad de la Gracia y del valor de la muerte de Cristo para alcanzar la salvación, ya que para él es suficiente el “*libre albedrío*”, que todo ser humano tiene a su disposición. Analizar en detalle estas interpretaciones nos llevaría demasiado lejos y no podríamos desarrollarlo adecuadamente dado el límite de este trabajo. Sin embargo bien se lo puede leer en el texto mismo que nos trae Francisco en el capítulo segundo, donde acentúa con preferencia el análisis del *gnosticismo actual* (nn.36-46) y el *pelagianismo actual* (nn.47-62). Ambas tendencias por caminos diversos intentan disolver el Misterio de Dios centrado en el Amor de Cristo y exaltar el poder humano, hasta hacer desaparecer el poder divino. El Capítulo segundo termina con estas proféticas palabras del Papa Francisco: “*Que el Señor libere a la Iglesia de las nuevas formas de gnosticismo y de pelagianismo, que la detienen en su camino hacia la santidad!*” (n.62). Dada esta justificación entremos sin más en el capítulo tercero de la Exhortación que nos parece el principal para nuestro objetivo.

3. Santidad y bienaventuranzas

El tercer capítulo de la Exhortación del Papa Francisco se denomina “*A la luz del Maestro*”, y va desde el número 63 hasta el 109. Los recorreremos en detalle dado que aquí se condensa a nuestro parecer lo central de su mensaje. Desde el principio expresa que

hay muchas “*explicaciones y distinciones*” sobre lo que es la santidad, pero para Francisco “*nada es más iluminador que volver a las palabras de Jesús y recoger su modo de transmitir la verdad*” (n.63). Ahora se trata de descifrar qué es la santidad y es aquí donde entran las bienaventuranzas. Y continua Francisco: “*Jesús explicó con toda sencillez que es ser santos, y lo hizo cuando nos dejó las bienaventuranzas (Mt 5,3-12, Lc 6.20-23). Son como el carnet de identidad del cristiano*” (n.63). En estas bienaventuranzas “*se dibuja el rostro del Maestro, que estamos llamados a transparentar en lo cotidiano de nuestra vida*” (n.63). En estas primeras frases ya se insinúan los rasgos místicos de nuestra unión con el Señor y que luego explicitará Francisco en relación con la Santidad. Por eso inmediatamente Francisco dirá que la palabra “*‘feliz’ o ‘bienaventurado’ pasa a ser sinónimo de ‘santo’*, porque expresa que la persona que es fiel a Dios, y vive su Palabra alcanza, en la entrega de sí, la verdadera dicha” (n.64). Pero esto no es un logro meramente humano, pues “*las bienaventuranzas de ninguna manera son algo liviano y superficial, al contrario, ya que solo podemos vivirlas si el Espíritu Santo nos invade con toda su potencia y nos libera de la debilidad del egoísmo, de la comodidad, del orgullo*” (n.65). A continuación el Papa Francisco nos invita a introducirnos en las bienaventuranzas “*en la versión del evangelio de Mateo (cfr. Mt 5 ,3-12)*” (n.66). Pero quiere que el Maestro “*nos golpee con sus palabras, que nos desafíe, que nos interpele a un cambio real de vida. De otro modo, la santidad será solo palabras*” (n.66). En este Espíritu pasemos ahora acompañados de Francisco a introducirnos en cada una de las bienaventuranzas. Serán ocho y serán culminados con un Protocolo que sintetiza todo el recorrido, para luego terminar el capítulo con otras consideraciones de orden práctico. Comencemos por la Primera Bienaventuranza

3.1. “*Felices los pobres de espíritu, porque de ellos es el reino de los cielos*” (nn. 67-70)

Esta bienaventuranza nos invita a examinar donde colocamos nuestros valores, donde está “*la verdad de nuestro corazón*” (n.67). Normalmente el rico pone su seguridad y preferencias en sus riquezas. Pero Jesús no lo cree así. Y agrega Francisco: “*Las riquezas no te ase-*

guran nada...Por eso Jesús llaman felices a los pobres de espíritu, que tienen el corazón pobre, donde puede entrar el Señor con su constante novedad” (n.68). Francisco la compara con la “indiferencia ignaciana” en que el espíritu humano tiene que estar totalmente disponible de tal manera que de nuestra parte no “*queramos más salud que enfermedad, riqueza que pobreza, honor que deshonor, vida larga que corta, y por consiguiente en todo lo demás*” (n.69). San Lucas no habla de “*pobreza de espíritu*”, sino simplemente de “*pobres a secas*” (Cf. Lc 6,20), Y así “*nos invita a una existencia austera y despojada*”, lo cual nos “*convoca a compartir la vida de los más necesitados, la vida que llevaron los Apóstoles y en definitiva a configurarnos con Jesús, que ‘siendo rico se hizo pobre (2 Co 8,9)*”. Se nos ofrece aquí, en definitiva, la posibilidad de vivir una íntima unión mística no solo con los demás, que serían nuestros hermanos, sino también con Cristo. Y Francisco finaliza esta primera bienaventuranza con una frase que luego repetirá adaptada al finalizar la exposición de cada una de las siguientes: “*Ser pobre en el corazón, esto es santidad*” (n.70). Con estas palabras ya se puede comprender lo infundado de las acusaciones que ha sufrido Francisco al acusárselo de defensor del “*pobrismo*”. La pobreza que predica Francisco, siguiendo a Jesús, es una pobreza de dignidad y que de ningún modo admite convertirse en la injusticia de este mundo, del cual verdaderamente hoy padecemos tanto.

3.2 “*Felices los mansos, porque heredarán la tierra*” (nn.71-74)

Esta segunda bienaventuranza de la “mansedumbre” se eleva hoy, igual que ayer y en otros tiempos del pasado, como un signo ansiado por los hombres, pero no alcanzado lamentablemente por las violencias y las injusticias de todo género, que impiden la convivencia social y amigable en esta tierra que habitamos. De ahí la importancia que Jesús le concede en este Sermón de la Montaña. Así lo dice Francisco: “*Sin embargo, aunque parezca imposible, Jesús propone otro estilo: la mansedumbre*”, que el mismo Jesús practicó. Al entrar en Jerusalén no lo hizo sentado en un corcel considerándose un príncipe, sino montado en una humilde borrica como un pobre. (Cf n. 71). Y el mismo Jesús lo enseñó al decir: “*Aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón, y encontraréis descanso para vuestras almas*” (Mt 11,29)” (n. 72). Y Fran-

cisco finaliza este número citando a Santa Teresita de Lisieux que decía “*La caridad perfecta consiste en soportar los defectos de los demás, en no escandalizarse de sus debilidades*” (n.72). Y esto no es fruto de un mero esfuerzo humano. Ya “*Pablo menciona la mansedumbre como un fruto del Espíritu Santo*” (cf. Ga 5,23) (n.73). Por eso para San Pablo toda la vida del cristiano tiene que ser caracterizada por el “*espíritu de mansedumbre*” (Ga 6,1). Y Francisco agrega que “*La mansedumbre es otra expresión de la pobreza interior, de quien deposita su confianza solo en Dios. De hecho, en la Biblia suele usarse la misma palabra ‘anawin’ para referirse a los pobres y a los mansos*” (n.74). Ya se ve aquí como Francisco une las bienaventuranzas en una unidad mística que no se puede separar u oponer. Vivir y cumplir esta bienaventuranza nos hace poseer la tierra y el reino de Dios, es decir, “*verán cumplidas en sus vidas las promesas de Dios*” (n.74). De aquí que Francisco, como conclusión de esta segunda bienaventuranza dirá: “*Reaccionar con humilde mansedumbre, esto es santidad*” (n.74).

3.3. “*Felices los que lloran, porque ellos serán consolados*” (nn.75-76)

Esta tercera bienaventuranza viene a contrariar abiertamente lo que hoy se considera habitualmente como signo de la felicidad humana, como es el “*entretenimiento, el disfrute, la distracción, la diversión*” (n.75). Y muchas veces el mundo no quiere ver el dolor, “*el mundo no quiere llorar, prefiere ignorar las situaciones dolorosas, cubrirlas, esconderlas*” (n.75). Pero en realidad esto es imposible porque el dolor es un constituyente de la situación humana, como el mismo Jesús lo sufrió. Y el dolor no es solo una manifestación que afecta a la carne en su exterioridad, sino que alcanza hasta las hondas profundidades del alma humana. Así lo vivió Jesús según el Evangelio, lo que hace que sus discípulos inspirados por su ejemplo puedan también comprender su propio dolor y el ajeno. El mismo Francisco lo dice: “*Así de este modo encuentra que la vida tiene sentido socorriendo al otro en su dolor, comprendiendo la angustia ajena, aliviando a los demás. Esta persona siente que el otro es carne de su carne, no teme acercarse hasta tocar su herida, se compadece hasta experimentar que las distancias se borran. Así es posible acoger aquella exhortación de San Pablo: ‘Llorad con los que lloran’ (Rm. 12,15)*” (n. 76). Palabras

místicas de Francisco que brotan de su propia experiencia y que nos enseñan a comprender que este camino del dolor es también un camino de salvación y santificación. Y termina esta tercera bienaventuranza con estas sus palabras “*Saber llorar con los demás, esto es santidad*” (n.76 fin).

3.4 “*Felices los que tienen hambre y sed de justicia, porque ellos quedarán saciados*” (nn.77-79)

En el mundo actual no solo se levantan gritos de angustia y dolor por las injusticias humanas, sino también y al mismo tiempo, con la misma intensidad y aún más, se escuchan múltiples expresiones, que claman por recuperar sus derechos y así poder satisfacer su “hambre y sed de justicia”. El Papa Francisco dedica esta cuarta bienaventuranza a explicitar su sentido en vinculación con las anteriores. Francisco inicia su camino señalando que “*Hambre y sed ’ son experiencias muy intensas, porque responden a necesidades primarias y tienen que ver con el instinto de sobrevivir*” (n.77). Pero este sobrevivir va más allá de lo físico y natural. Sin negar estas necesidades materiales, más agudas son todavía las necesidades del espíritu, que amenazan a la dignidad del ser humano, como son sus derechos y libertades. Y agrega Francisco: “*Jesús dice que serán saciados, ya que tarde o temprano la justicia llega, y nosotros podremos colaborar, para que sea posible, aunque no siempre veamos los resultados de este empeño*” (n.77). Pero Francisco agrega a continuación que esa “*justicia*” de la que Jesús habla no es la de este mundo “*tantas veces manchada por los intereses mezquinos, manipulada para un lado y para otro*” (n.78). Francisco describe varias de estas situaciones tan trágicas y terminales y luego finaliza diciendo “*Eso no tiene nada que ver con el hambre y la sed de justicia que Jesús elogia*” (n.78). Y a continuación explicita en breves palabras cuál es la justicia de Jesús: “*Tal justicia empieza por hacerse realidad en la vida de cada uno siendo justo en las propias decisiones, y luego se expresa buscando la justicia para los pobres y débiles*” (n.79). Es cierto que la palabra “*justicia*” puede ser entendida como “*sinónimo de fidelidad a la voluntad de Dios con toda nuestra vida*” (79). Pero esto no debe hacernos olvidar la importancia que tiene esta bienaventuranza con los más pobres y desamparados. Por esto Francisco fina-

liza la exposición de esta bienaventuranza citando al Profeta Isaías que nos dice: ‘*Buscad la justicia, socorred al oprimido, proteged el derecho de los huérfanos, defended a la viuda (Is 1,17)*’ (n.79). Y al final agrega su consabida frase, adaptada al sentido que él le da a esta bienaventuranza: “*Buscar la justicia con hambre y sed, esto es santidad*” (n-79 fin). Aquí vemos la vinculación de esta bienaventuranza con la “santidad”. No podemos alcanzar la “santidad” con meras intenciones, pero que desaparecen al menor inconveniente. Es preciso jugarse entero por un justicia que venga de Dios, pero que se incruste fuertemente en el corazón y en el obrar humano y muy especialmente cuando esas acciones tienen que ver con los pobres, los mansos y los que lloran, como nos lo dicen las primeras bienaventuranzas. Y nosotros podríamos decir que esta nueva bienaventuranza expresa una santidad que es verdaderamente mística.

3.5 “*Felices los misericordiosos, porque ellos alcanzarán misericordia*” (nn. 80-82)

Y así llegamos a la quinta bienaventuranza, que para Francisco, sería como la más importante y central de las Bienaventuranzas del Monte. Francisco inicia su exposición sobre las dos entrañas que conforman a la misericordia. Así lo expresa: “*La misericordia tiene dos aspectos: es dar, ayudar, servir, y también perdonar, comprender. Mateo lo resume en una regla de oro ‘Todo lo que queráis que haga la gente con vosotros, hacedlo vosotros con ella’ (Mt 7,12)*” (n.80). En el número siguiente vincula esta virtud con Dios: “*Dar y perdonar es intentar reproducir en nuestras vidas un pequeño reflejo de la perfección de Dios, que da y perdona sobreabundantemente*” (n.81). No se puede hablar de mística cristiana si primero el Señor no nos introduce en su Misterio de Amor. Ahí encontraremos, al menos, ese “reflejo” divino que brota de él y que nos cura. El mismo San Lucas lo dice con sus palabras, que no hablan de ser “perfectos” (Mt 5,48), sino que nos exhorta a ser “*misericordiosos como vuestro Padre es misericordioso; no juzguéis, y no seréis juzgados; no condenéis y no serán condenados; perdonad y seréis perdonados; dad, y se os dará (Lc 6,36-38)*” (n.81). Y Francisco nos recuerda que la ley que apliquemos de dar y perdonar se nos aplicará a nosotros (Cf n.81). El mismo Jesús no dice “*Felices los que planean venganzas,*

sino que llama felices a aquellos que perdonan y lo hacen 'setenta veces siete' (Mt.18,22)" (n. 82). Y Francisco nos recuerda que nosotros mismos somos un "ejército de perdonados" y esto nos invita a ser misericordiosos con todos, con los pobres, con los mansos, con los que lloran, con lo que buscan la justicia, ya que también han sido pecadores en algún momento de su vida y en general con todos aquellos que han tenido un corazón endurecido por la inmisericordia. Por eso Francisco cierra este párrafo con otra propiedad de la santidad al decirnos "*Mirar y actuar con misericordia, esto es santidad*" (n.82 fin).

3.6 "*Felices los de corazón limpio, porque ellos verán a Dios*" (nn.83-86)

Francisco lo dice desde el comienzo: "*Esta bienaventuranza se refiere a quienes tienen un corazón sencillo, puro, sin suciedad, porque un corazón que sabe amar no deja entrar en su vida algo que atente contra ese amor, algo que lo debilite o lo ponga en riesgo*" (n.83). Siguiendo la Biblia Francisco muestra la centralidad del corazón al caracterizar al creyente, ya que Dios fija su atención especialmente en el corazón, que simboliza lo más profundo del hombre, por eso entre los innumerables textos de la Biblia que nos hablan del corazón podemos decir con el Profeta Ezequiel "*quiere darnos un corazón nuevo*" (Ez 36,26) (n.83). Pero no hay que olvidar que el corazón está también indisolublemente unido a las obras, por eso Francisco agrega que "*esta bienaventuranza nos recuerda que el Señor espera una entrega al hermano que brote del corazón, ya que si repartiera todos mis bienes entre los necesitados, si entregara mi cuerpo a las llamas, pero no tengo amor, de nada me serviría*" (1 Co 13,3)" (n.85). La recta intencionalidad del corazón es capital, como lo dice Francisco casi al terminar su exposición: "*Cuando el corazón ama a Dios y al prójimo (cf. Mt 22,36-40), cuando esa es su intención verdadera y no palabras vacías, entonces ese corazón es puro y puede ver a Dios*" (n.86). Es aquí donde se produce la unión mística entre lo sensorial, lo espiritual y lo más profundo del Misterio de Dios que es su Amor. Como dice San Pablo, en definitiva, ahora vemos como en un espejo "*pero en la medida que reine de verdad el amor, nos volveremos capaces de ver 'cara a cara'*" (Ibid)". Por eso Francisco agrega: "*Jesús promete que los de corazón puro 'verán a Dios'*" (n.86). Y concluye la exposición de esta bienaventuranza vinculándola a la santidad con estas sig-

nificativas palabras “*Mantener el corazón limpio de todo lo que mancha el amor, eso es santidad*” (n.86 fin).

3.7 “*Felices los que trabajan por la paz, porque serán llamados hijos de Dios*” (nn.87-89)

Ya a esta altura de las bienaventuranzas puede verse con claridad que las bienaventuranzas no son simples reglas de buen comportamiento. Entre ellas se explicita en lo posible el Misterio, la íntima realidad mística, que une a Dios con la humanidad, es decir con su Reino. Por eso aquí en esta séptima bienaventuranza se reafirma el valor de la Paz que debe caracterizar el Reino de Jesús con sus criaturas, con el universo todo. En particular se refiere a los múltiples conflictos que enfrentan a los seres humanos entre sí, como son las guerras y otros acontecimientos que degradan a los pueblos. Y en particular Francisco se refiere a situaciones, que él mismo ha vivido y que le han hecho muchos mal a través del mundo mediático, que tergiversa la verdad, como es “*el mundo de las habladurías, hecho por gentes que se dedica a criticar y a destruir, no construye la paz. Esa gente más bien es enemiga de la paz y de ningún modo bienaventurada*” (n.87). Esta afirmación toca de frente a muchos pueblos y lamentablemente también a la Iglesia. Francisco dirá: “*Los pacíficos son fuente de paz, construyen paz y amistad social*” (n.88). A ellos “*Jesús les hace una promesa hermosa “Ellos serán llamados hijos de Dios’ (Mt 5,9)”*(n.88). Y así Jesús la hace paradigma de su Reino por eso la inculca a sus discípulos a que la vivan entre si y la anuncien en su apostolado al aconsejarles que cuando lleguen a alguna casa lo primero que digan es: ‘*Paz a esta casa*’” (Lc 19,5) (n.88). Y esto no es una mera señal de cortesía, sino el deseo más íntimo de que el “*fruto de la justicia se siembra en la paz para quienes trabajan por la paz (St 3,16)*” (n.88). Vemos aquí como la Justicia está nuevamente vinculada con la Paz. Y si hay dificultades para lograrlo no nos desanimemos, dirá Francisco, porque la “*unidad es superior al conflicto*” (n.88). Termina Francisco diciendo que: “*No es fácil construir esa paz evangélica que no excluye a nadie sino que integra también a los que son algo extraños, a las personas difíciles y complicadas, a los que reclaman atención, a los que son diferentes, a quienes están muy golpeados por la vida, a los que tienen otros intereses. Es duro y requiere una gran amplitud de mente y de*

corazón, ya que no se trata de ‘un consenso de escritorio o una efímera paz para una minoría feliz, ni de un proyecto de unos pocos para unos pocos’(n.89). Y después de hacer referencia a otras alternativas Francisco nos exhorta a “*ser artesanos de la paz, porque construir la paz es un arte que requiere serenidad, creatividad, sensibilidad y destreza*” (n. 89). Palabras que casi sintetizan las anteriores bienaventuranzas y que lo llevan a concluir humildemente: “*Sembrar paz a nuestro alrededor, esto es santidad*” (n. 89).

3.8. “*Felices los perseguidos por causa de la justicia, porque de ellos es el reino de los cielos*” (nn.90-94)

Francisco al comenzar la exposición de esta bienaventuranza se refiere antes que nada a la experiencia y enseñanza que Jesús nos deja sobre esta problemática que él vivió y comprendió en su propia carne como ninguno. Esto le permite recordarnos: “*cuánta gente es perseguida y ha sido perseguida sencillamente por haber luchado por la justicia, por haber vivido sus compromisos con Dios y con los demás*” (n.90). En este mundo, muchas veces enredado en una “*trama política, mediática, económica, cultural e incluso religiosa que impide un auténtico desarrollo humano y social, se vuelve difícil vivir las bienaventuranzas, llegando incluso a ser algo mal visto, sospechado, ridiculizado*” (n. 91). No dejemos pasar por alto en esta cita que Francisco incluye en este listado de tramas a la “trama religiosa”, a la que vive desde adentro. Pero ante estos contratiempos no debemos achicarnos porque “*los cansancios y los dolores que soportamos por vivir el mandamiento del amor y el camino de la justicia, es fuente de maduración y de santificación*” (n.92). Las persecuciones son situaciones de vida que ponen en juego el fundamento de nuestro existir. Y dirá Francisco: “*Un santo no es alguien raro, lejano, que se vuelve insoportable por su vanidad, su negatividad y sus resentimientos. No eran así los Apóstoles de Cristo*” (n.93), que en general gozaban del aprecio del pueblo, a pesar de que en algunas ocasiones las autoridades de turno los acosaban y perseguían. Francisco reconoce, y quizás, por su propia experiencia, que hoy las persecuciones no han cesado, “*a través de calumnias y falsedades. Jesús dice que habrá felicidad cuando los calumnien de cualquier modo por mi causa’ (Mt 5,11)*” (n.94). Con estos comen-

tarios finaliza Francisco esta bienaventuranza diciéndonos: “*Aceptar cada día el Camino del Evangelio aunque nos traiga problemas, esto es santidad*” (n.94 fin).

3.9.- *El gran protocolo (n.95-96)*

Al finalizar la exposición de las Bienaventuranzas Francisco acude al Evangelio de San Mateo (25,31-46) para sintetizar de un modo simbólico lo esencial de esta enseñanza, en un “protocolo” o “modo de actuar” que tendría Dios al final de los tiempos, no ya en el “Monte de las bienaventuranzas”, sino en el “Juicio final” donde declarará felices a los misericordiosos y así lo dice: “*Si buscamos una santidad que agrada a los ojos de Dios, en este texto hallaremos precisamente un protocolo sobre el cual seremos juzgados: ‘Porque tuve hambre y me disteis de comer, tuve sed y me disteis de beber, fui forastero y me hospedasteis, estuve desnudo y me vestisteis, enfermo y me visitasteis, en la cárcel y vinisteis a verme’ (25,35-36)*” n.95). Y esta es la mística verdadera la que se pone de manifiesto y así lo recalca Francisco: “*Por lo tanto, ser santo no significa blanquear los ojos en un supuesto éxtasis*” (n.96) y un poco más adelante lo vuelve a repetir: “*El texto de Mateo 25, 35-36 no es una simple invitación a la caridad: es una página de cristología, que ilumina el misterio de Cristo*” (n.96). “*En ese llamado a reconocerlo en los pobres y sufrientes se revela el mismo corazón de Cristo, sus sentimientos y sus opciones más profundas, con las cuales todo santo intenta configurarse*” (n.96). Y esto es mística porque en este misterio de Amor se revela lo más profundo de la unión y transformación que se da entre Cristo y los integrantes de su Reino.

4.- **Hacia una nueva Pastoral Popular de las Bienaventuranzas**

En los restantes números de este tercer capítulo de la Exhortación, Francisco se dedica a puntualizar diversos aspectos de esta doctrina a fin de no reducirla a un simple intimismo entre Dios y el ser humano, pero que no alcance al mundo entero en sus más diversas estructuras sociales, políticas, económicas, culturales, porque esta Mística alcanzará su forma definitiva cuando se instituya el Reino de los Cielos al final de

los tiempos. Para terminar el capítulo nosotros haremos alusión a algunos de ellos. El primero se refiere a la *dignidad* que tiene cualquier ser humano como lo dice Francisco, sacado posiblemente de su propia experiencia: “*Cuando encuentro a una persona durmiendo a la intemperie, en un noche fría, puedo sentir que ese bulto es un imprevisto que me interrumpe, un delincuente ocioso, un estorbo en mi camino, un agujón molesto para mi conciencia, un problema que deben resolver los políticos, y hasta una basura que ensucia el espacio público. O puedo reaccionar desde la fe y la caridad y reconocer en él a un ser humano con mi misma dignidad, a una creatura infinitamente amada por el Padre, a una imagen de Dios, a un hermano redimido por Jesucristo: ¡Eso es ser cristiano! ¿O acaso puede entenderse la santidad al margen de este reconocimiento vivo de la dignidad de todo ser humano?*” (n-98). Pero luchar por esta dignidad no se reduce a las buenas acciones que cada uno puede hacer en favor del prójimo, sino también se necesita instaurar “*sistemas sociales y económicos justos, para que ya no pudiera haber exclusión*” (n.99). Francisco lamenta la existencia de dos ideologías muy nocivas para llevar adelante esta mística. Una es la de los cristianos que separan del Señor estas acciones, de este modo “*el cristianismo es una especie de ONG, quitándole una mística luminosa, que también vivieron y manifestaron san Francisco de Asís, san Vicente de Paul, santa Teresa de Calcuta y otros muchos*” (n.100). Aquí el mismo Papa Francisco explicita la expresión “*mística luminosa*” para caracterizar a esa mística que nunca separa la acción humana, aunque sea buena, del Misterio divino que la inviste, la acompaña y la hace posible. También es falsa la opinión de aquellos que “*viven sospechando del compromiso social de los demás, considerándolo algo superficial, mundano, secularista, inmanentista, comunista, populista*” (n. 101) y se quedan encerrados en sus elucubraciones sin hacer nada por la vida que está por nacer y por los pobres de este mundo y hoy especialmente por los “*migrantes*” (nn.102-103) en su ardua y compleja problemática. Esta problemática es también un “*camino de iluminación espiritual que nos presentaba el profeta Isaías cuando se preguntaba qué es lo que agrada a Dios: ‘Partir tu pan con el hambriento, hospedar a los pobres sin techo, cubrir a quien ves desnudo y no desentenderte de los tuyos. Entonces surgirá tu luz como la aurora ‘ (58,7-8)*”. De nuevo aparece en el decir de Francisco la “*iluminación espiritual*”, otro modo de expresar la “*experiencia mística*” como íntima

unión de Amor de Dios, con los pobres y con aquellos que se sienten llamados a tenderles una mano. Por esta razón Francisco vuelve a las bienaventuranzas para decirnos que el mejor criterio para evaluar nuestra existencia cristiana es “*mirar en qué medida nuestra vida se va transformando a la luz de la misericordia*” (n.105) y un poco más adelante agregará: “*Quiero remarcar una vez más que, si bien la misericordia no excluye la justicia y la verdad, ‘ante todo tenemos que decir que la misericordia es la plenitud de la justicia y la manifestación más luminosa de la verdad de Dios’. ‘Ella es la luz del cielo’*” (n.105). Esta será también la doctrina de Santo Tomás de Aquino (cf.n.106). Por eso no duda Francisco en confesar: “*Quien de verdad quiera dar gloria a Dios con su vida, quien realmente anhele santificarse para que su existencia glorifique al Santo, está llamado a obsesionarse, desgastarse y cansarse intentando vivir las obras de misericordia*” (n. 107). Francisco alaba a Santa Teresa de Calcuta a la que ve como modelo de esta misericordia vivida y nos advierte y aconseja a que en esta vida no nos dejemos absorber por el “*consumismo*” y nos invita a practicar una “*cierta austeridad*” que nos ponga a salvo de los inmoderados deseos materiales e “*informáticos*” que no dejan de acecharnos (cf. n. 108). Francisco finaliza su reflexión con un hermoso texto que resume su mensaje de este tercer capítulo de su Exhortación y que es una verdadera Portada para llevar adelante después de estos cincuenta años de Medellín, a fin de que esta nueva Pastoral popular no se quede en una catequesis primera y elemental, sino que avance hasta el mismo Misterio divino que habita en lo más profundo del corazón de nuestros pueblos y que nos invita a salir para comunicar este Evangelio de Amor a toda la Humanidad. He aquí el texto:

“La fuerza del testimonio de los santos está en vivir las bienaventuranzas y el protocolo del juicio final. Son pocas palabras, sencillas, pero prácticas y válidas para todos, porque el cristianismo es principalmente para ser practicado, y si es también objeto de reflexión, eso solo es válido cuando nos ayuda a vivir el Evangelio en la vida cotidiana. Recomiendo vivamente releer con frecuencia estos grandes textos bíblicos, recordarlos, orar con ellos, intentar hacerlos carne. Nos harán bien, nos harán genuinamente felices” (n.109 final).

Los dos últimos capítulos de esta Exhortación se refieren a diversas problemáticas que deberá enfrentar esta nueva pastoral popular. El capítulo cuarto (nn.110-157) se propone presentar “*Algunas notas de la santidad en el mundo actual*” a fin de asegurar ese nuevo estilo de vida

que piden las bienaventuranzas en el día de hoy (cf. n.110). Lo hará en “*cinco grandes manifestaciones del amor a Dios y al prójimo, que considero de particular importancia, debido a algunos riesgos y límites de la cultura de hoy*” (n. 111). El capítulo quinto (nn.158-175) se refiere a poner en evidencia los desafíos actuales que se le presentan a esta espiritualidad mística que quiere enraizarse en el mundo para transformarlo por la acción del Espíritu Santo, en conjunción con el Padre y su Hijo Jesucristo, muy unido a su Madre, los Ángeles y todos los Santos, a fin de conformar en su plenitud el Reino de Dios. Es aquí donde Francisco acentúa la importancia, en esta Pastoral popular de las bienaventuranzas, del “*discernimiento espiritual*” (Cf. nn.166-175), que debe enfrentar el combate que nos presenta no sólo el mundo con sus tentaciones, sino también el Maligno y las potencias del mal, que no dejan de actuar. Todo un nuevo desafío que hoy se nos propone en estos tiempos en que celebramos los cincuenta años después de Medellín y que ahora no podemos explicitar por los límites que nos impone este trabajo. Así como en aquel entonces se abrieron nuevos horizontes, que luego fueron asumidos con el correr del tiempo y se reflejaron en las Asambleas Episcopales para América Latina de Puebla (1979), Santo Domingo (1992) y Aparecida (2007), no dudamos que por la Misericordia de Dios se darán ahora y en los próximos años nuevas oportunidades y respuestas a esta nueva Pastoral popular de las Bienaventuranzas, que esta Exhortación del Papa Francisco ha lanzado. Así lo esperamos en el Señor y con la ayuda de María que es “*la santa entre los santos, la más bendita, la que nos enseña el camino de la santidad y nos acompaña*” (n. 176).

JORGE R. SEIBOLD S.J.:

jorge.seibold@gmail.com

FACULTAD DE TEOLOGÍA DE SAN MIGUEL

Recibido 11.10.2018/ Aprobado 09.11.2018

• El autor es Doctor en Filosofía con una amplia trayectoria en el estudio de la cultura popular, la religiosidad y la mística del pueblo. Luego de haber sido decano de la Facultad de Filosofía de San Miguel (1981-1997), así mismo como profesor durante décadas, en la actualidad se dedica a investigar y escribir

Bibliografía

FRANCISCO, *Carta Encíclica Laudato Si, Sobre el cuidado de la casa común*,
http://w2.vatican.va/content/francesco/es/encyclicals/documents/papa-francesco_20150524_enciclica-laudato-si.html

Exhortación Apostólica Gaudete et Exsultate, Sobre el llamado a la santidad en el mundo contemporáneo
http://w2.vatican.va/content/francesco/es/apost_exhortations/documents/papa-francesco_esortazione-ap_20180319_gaudete-et-exsultate.html

Exhortación Apostólica Amoris Laetitia, Sobre el amor en la familia
http://w2.vatican.va/content/francesco/es/apost_exhortations/documents/papa-francesco_esortazione-ap_20160319_amoris-laetitia.html